

De centauros, sátiros y Padres del yermo: sobre las fuentes y la génesis de “La ninfa” de Rubén Darío*

PEDRO CONDE PARRADO
Universidad de Valladolid

Resumen

En el presente artículo se establece de manera definitiva la fuente de los datos eruditos sobre la existencia de centauros y sátiros y su relación con los llamados “Padres del yermo” aportados en el relato “La ninfa” por Rubén Darío. Así mismo, se propone una hipótesis acerca de los motivos que indujeron a este autor a consultar tal fuente y a escribir dicho relato y otros textos de tema afín.

Palabras clave: Rubén Darío, La ninfa, Azul..., centauros, sátiros, Padres del desierto, Blas Antonio de Ceballos.

Centauri, satiri e Padri del deserto: sulle fonti e la genesi di “La ninfa” di Rubén Darío

Riassunto

In questo articolo si dimostra, in maniera conclusiva, la fonte nella quale Rubén Darío ha attinto, per il suo racconto “La ninfa”, i dati eruditi sull’esistenza di centauri e satiri, e sulle relazioni di questi con gli eremiti conosciuti come “Padri del deserto”. Si propone, inoltre, un’ipotesi sui motivi per i quali questo scrittore ha bevuto alla suddetta fonte e si è deciso a scrivere questo racconto e altri testi di simile argomento.

Parole chiave: Rubén Darío, La ninfa, Azul..., centauri, satiri, padri del deserto, Blas Antonio de Ceballos.



1. LA FUENTE DE LA ERUDICIÓN DE “LA NINFA”

El 25 de noviembre de 1887 se publicó en el diario *La Época*, de Santiago de Chile, el relato firmado por Rubén Darío, “La ninfa”, que, incluido al año siguiente entre los varios que integraron su poemario *Azul...* (1888), se convertiría en “uno de los textos más célebres del autor” (Maiorana, 1958: 247). Ya Juan Valera, en su famosa carta incluida al inicio de la segunda edición (Guatemala, 1890) del que algunos consideran el verdadero “libro inaugural del Modernismo” (Gómez Sánchez, 2018: 135), escribía que “La ninfa” era “quizá” el cuento que más le gustaba de ese libro que tanto lo asombró y por tantos motivos.

Subtitulado como “Cuento Parisiense”, pues, según el propio Darío, “los modelos son los cuentos parisienses de [Catulle] Mendès, de Armand Silvestre, de Mézeroy, con el

* Este artículo se envió a la revista en 2019. Por una serie de problemas técnicos de la revista que nada tienen que ver con la calidad de la contribución, se retrasaron su revisión y su publicación. Agradecemos a Pedro Conde Parrado su paciencia. *La redacción de Artífara*.



aditamento de que el medio, el argumento, los detalles, el tono, son de la vida de París, de la literatura de París" (Darío, 1919: 174)¹, la primera parte de "La ninfa" se fundamenta en lo que podríamos considerar una variante del tema de la *agalmatofilia*: la actriz Lesbia, anfitriona, en su castillo recién adquirido, de una mundana reunión en la que, tras haber corrido el borgoña, el champaña y la menta, se ha suscitado una conversación erudita sobre asuntos artísticos, manifiesta el deseo de que alguna de sus esculturas bronceas de sátiros, y aún más las de centauros, cobre vida y se convierta en fogoso amante suyo. Uno de los contertulios, el señor de Cocureau, al que se presenta como "un sabio" (o, más bien, "el sabio" de la reunión), advierte al resto: "Los sátiros y los faunos, los hipocentauros y las sirenas, han existido, como las salamandras y el ave Fénix". Para acallar las risas de Lesbia y de los demás circunstantes ante tal afirmación, el sabio continúa categórico²:

Sí. [...] ¿Con qué derecho negamos los modernos, hechos que afirman los antiguos? [...] San Antonio Abad, de noventa años, fue en busca del viejo ermitaño Pablo, que vivía en una cueva. Lesbia, no te rías. Iba el santo por el yermo, apoyado en su báculo, sin saber dónde encontrar a quien buscaba. A mucho andar, ¿sabéis quién dio las señas del camino que debía seguir? Un centauro, "medio hombre y medio caballo", dice un autor. Hablaba como enojado; huyó tan velozmente que presto le perdió de vista el santo; así iba galopando el monstruo, cabellos al aire y vientre a tierra. En ese mismo viaje, San Antonio vio un sátiro, "hombrecillo de extraña figura; estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra". [...]

Afirma San Jerónimo, que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió. Además, vio el emperador en Antioquía. [...]

Dice Alberto Magno que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia. Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie, y sólo un brazo en el pecho. Vincencio vio en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro (Lesbia reía); los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros (Lesbia se agitaba como una chicuela a quien hiciesen cosquillas); comía carne cocida y bebía vino con todas ganas.

Tras una nueva burla por parte de Lesbia, quien, pasando ahora a coquetear con la zoofilia, estampa un beso en la boca de Colombine, su perrilla faldera, el sabio concluye la erudita disertación: "Y Filegón Traliano [...] afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes."

A continuación, y tras el brusco corte de la perorata por parte de Lesbia con un "Basta de sabiduría", la voz narrativa del relato, evidentemente masculina, expresa su anhelo por contemplar, cual Acteón (toca ahora el voyerismo), a las mitológicas ninfas corriendo por los bosques y bañándose voluptuosas en alguna fuente. Ante su desilusionada afirmación de que ello es imposible, debido a que no existen tales encantadores seres, Lesbia cierra la primera parte del relato prometiendo al narrador que tendrá la ocasión de ver ninfas, puesto que sí existen.

No es de nuestro interés aquí el resto del cuento, cuya segunda parte y conclusión recomendamos vivamente al lector si no las conoce, por lo que nos centraremos en las fuentes de las que bebió Rubén Darío para construir la disertación de monsieur de Cocureau sobre esos seres fantásticos del mundo antiguo y su relación con algunos de los más célebres Padres

¹ Martínez (2000: 235-249) propuso hace ya unos años que la influencia de Mendés, y en concreto de su cuento "Naïs & Amygone", habría estado mediatizada por la imitación que de él llevó a cabo el mexicano Manuel Gutiérrez Najera en el que tituló "El baño de Julia", relato que habría sido, según esa hipótesis, conocido por Rubén Darío.

² Se cita el texto del relato por la edición Darío (2008: 145-146).

del yermo; se trata de un asunto sobre el que viene repitiéndose una serie de informaciones (inexactas, como se demostrará) desde que Arturo Marasso, en su clásico y aún indudablemente útil *Rubén Darío y su creación poética* (1934), intentara establecer las mencionadas fuentes. Dos fueron, en concreto, las simplemente apuntadas por este estudioso argentino: la *Curiosa filosofía y tesoro de las maravillas de la naturaleza* del gran polígrafo jesuita Juan Eusebio Nieremberg (1595-1658) y *El asno ilustrado, ó sea la apología del asno* (1837) de José Joaquín Pérez de Necochea (Marasso, 1941: 348). Ambos nombres y obras se han alegado y continúan alegándose en ediciones y estudios de la obra de Darío (así, por ejemplo, en Watland 1966: 148 y 162; Llopesa 1992: 249-252; Darío, 1995: 170; o Darío 2008: 120 y 148). Fue Ricardo Llopesa quien estudió con más detenimiento el asunto, presentando, en un artículo dedicado a las fuentes del relato "La ninfa", cuatro pasajes paralelos entre Nieremberg y Darío que parecían terminar de dar la razón plenamente a Marasso en su intuición-hipótesis, sobre todo en lo referente al texto del sabio jesuita; dichos pasajes son los siguientes³:

1.- Nieremberg: "Dice San Jerónimo que en tiempo de Constantino trajeron a Alejandría un hombre con cuernos en la cabeza y con los pies de cabra. Después de muerto llevaron su cuerpo lleno de sal a Antioquía, para que el César lo viese" / Darío: "Afirma San Jerónimo, que en tiempo de Constantino Magno se condujo a Alejandría un sátiro vivo, siendo conservado su cuerpo cuando murió. Además, vio el emperador en Antioquía".

2.- Nieremberg: "Alberto Magno dice que por sus tiempos en los montes de Sajonia cogieron a dos de este linaje [sátiros]" / Darío: "Dice Alberto Magno que en su tiempo cogieron a dos sátiros en los montes de Sajonia".

3.- Nieremberg: "Enrique Kornmano dice que en ciertas tierras de tártaros se hallaron unos hombres con un brazo en el pecho, y un pie solo" / Darío: "Enrico Zormano asegura que en tierras de Tartaria había hombres con sólo un pie, y sólo un brazo en el pecho".

4.- Nieremberg: "En su tiempo dice Vincencio que trajeron uno de aquellos monstruos a Francia, para que lo viese el rey, y da ciertas señales de él: tenía cabeza de perro, los demás miembros, humanos, los muslos, manos y brazos tan sin pelo como los nuestros: el cuello también, y era blanco, pero en las espaldas tenía pelos, estaba derecho como hombre, sentábase como nosotros, comía carne cocida, bebía de muy buena gana vino, y con decencia y modestia tomaba el bocado con la mano" / Darío: "Vincencio vio en su época un monstruo que trajeron al rey de Francia; tenía cabeza de perro [...]; los muslos, brazos y manos tan sin vello como los nuestros [...]; comía carne cocida y bebía vino con todas ganas".

Ante estos paralelos, parece difícil, por no decir imposible, según señalábamos, negar que Rubén Darío acudiera a la *Curiosa filosofía* de Nieremberg para recabar los datos eruditos atribuidos a san Jerónimo, san Alberto Magno, Enrique Zormano (Kornmano en Nieremberg, lo que ya veremos que no es un detalle precisamente baladí) y Vincencio (esto es, el enciclopedista del siglo XIII Vincent de Beauvais). Llopesa, así mismo, compara en su artículo los datos aportados por Pérez de Necochea en el citado *Asno ilustrado* con los del relato de Darío e igualmente confiere mucha verosimilitud a la hipótesis de Marasso en el sentido de que también pudo ser una de sus fuentes.

³ Las citas del tratado del jesuita afirma Llopesa haberlas tomado de la edición de la obra de Nieremberg publicada en 1630. Las he cotejado y, a pesar de ciertas inexactitudes de detalle, he comprobado que allí se encuentran efectivamente.

Sin embargo, hay un dato muy importante que permite dudar de todo ello, y es la quinta noticia erudita que aporta Darío atribuyéndola a “Filegón Traliano”, quien, según aquel, afirmaba “la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes”. Señala al respecto Llopesa: “En el capítulo X de este mismo libro IV, titulado *Si ha habido centauros*, el padre Nieremberg relata una historia de Filegón Traliano, de donde Darío toma el nombre y la referencia de los centauros, *aunque el texto es distinto*”. Esa apostilla final que he marcado en cursiva, lejos de ser un detalle menor, resulta muy relevante, puesto que, efectivamente, en ese pasaje del padre Nieremberg, que este atribuye a Flegón (no Filegón; véase luego) Traliano, en ningún momento se afirma que existieran dos clases de (hipo)centauros ni que la dieta de una de ellas se basara en comer elefantes: esto es lo que Llopesa quería decir con la excesivamente ambigua aclaración de que “el texto es distinto”. Sin embargo, tal información sobre la existencia de esa “segunda clase” de tales seres fabulosos y su modo de alimentarse sí se encuentra en las páginas de Nieremberg, solo que este no se la atribuye a Traliano, sino a otro autor, Licóstenes, justo en el capítulo posterior, que no parece que consultara Llopesa. Siendo esto así, ¿por qué Rubén Darío atribuyó a Traliano ambas noticias? ¿Es acaso error suyo debido a una lectura poco atenta de la obra del sabio jesuita? ¿Manipuló a su antojo los datos? ¿O es que recurrió a otra fuente, quizá basada en el propio Nieremberg, en la que se atribuía también a Traliano la noticia sobre esa costumbre de comer elefantes que tenía cierta clase de (hipo)centauros? La respuesta a esta última pregunta es, como ahora veremos, afirmativa.

Si volvemos sobre el fragmento de “La ninfa” reproducido más arriba, y en concreto a la parte que precede a la información erudita sobre la que acabamos de tratar, observaremos dos detalles que parecen haber pasado hasta ahora del todo inadvertidos a quienes se han ocupado de analizar este relato; cuando el sabio de Cocureau cuenta el célebre viaje de san Antonio Abad o Ermitaño en busca de san Pablo Ermitaño y su encuentro sucesivo con un centauro y un sátiro, se observa en primer lugar que una parte del texto la ofrece Darío entrecomillada: “medio hombre y medio caballo” en la descripción del centauro, y “hombrecillo de extraña figura; estaba junto a un arroyuelo, tenía las narices corvas, frente áspera y arrugada, y la última parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra” en la que ofrece del sátiro; y en segundo lugar, conviene tener muy en cuenta que la primera de esas descripciones la atribuye a “un autor” del que no aporta más información. Pues bien, esa es la pregunta clave para resolver todo este asunto: ¿quién es ese autor al que Darío parece citar *ad pedem litterae*, puesto que entrecomilla su texto? Para darle respuesta, bien podría yo aquí hacer creer al lector, de manera explícita o *ex silentio*, que hallarla me ha supuesto una detenida y ardua investigación. Pues no, honradamente no: si Llopesa no hubiera redactado su artículo hace más de veinticinco años, sino hoy mismo, supongo que habría probado, como yo he hecho, a introducir en internet (inexistente, como bien se sabe, allá por 1992, al menos para el común de los mortales) las secuencias entrecomilladas por Rubén en “La ninfa” y a interrogar a cualquier motor de búsqueda acerca de su origen; de haber obrado así, habría obtenido en apenas unos segundos la respuesta –al fin, tras más de un siglo desde que lo escribiera– acerca de qué obra consultó el joven poeta nicaragüense, residente en Chile por entonces, para obtener los datos eruditos que introdujo en su delicioso “cuento parisiense”. Esa respuesta es: *Libro nuevo. Flores sagradas de los yermos de Egipto: vida y milagros del gran padre San Antonio Abad y sus discipulos; origen de la ilustre religion Antoniana y fundacion del Orden militar de Caualleros de San Antonio en Etyopia escrita ahora nueuamente y añadida con sentencias y exemplos*, obra publicada en 1686 por Blas Antonio de Ceballos de Jaramillo, a quien Galende Díaz, en la entrada correspondiente del *Diccionario Biográfico Español*, presenta como “calígrafo, escritor, maestro, militar y grabador”, y señala que su más famosa aportación a la cultura española fue el *Libro histórico y moral, sobre el origen y excelencias del nobilissimo arte de leer, escribir y contar, y su enseñanza. Perfecta instruccion para educar a la jubentud en virtud y letras. Santos y maestros*

insignes que han executado la enseñança de los primeros rudimentos, Madrid, Antonio González, 1692.

En el capítulo undécimo (*Cómo San Antonio halló en el desierto a San Pablo*) del segundo libro de la obra hagiográfica escrita por Ceballos (1686: 231-235) encontramos no solo el relato en que pueden leerse las frases exactas que Darío entrecomilló en "La ninfa", sino también todos los datos eruditos aportados allí:



Dice San Gerónimo, que siendo San Antonio de edad de noventa años [...] le vino al pensamiento si habría otro Monge que hubiese hecho mas asiento en el Desierto, que él. [...] a la siguiente noche, estando orando, le reveló nuestro Señor que habia en lo interior del Yermo otro Varon, que habia morado mas tiempo, y que era mas perfecto y mejor que él, á quien debia visitar; y el bendito Abad, venida la mañana, se determinó de buscar al que no conocia, y sustentando sus flacos miembros sobre un báculo, salió de su Monasterio y se puso en camino, sin saber á qué parte guiaría; y de este género anduvo por diferentes sendas, cansado y fatigado con el excesivo ardor del sol; [...] y apenas hubo pronunciado estas palabras, quando vió, con suma ligereza pasar junto a sí uno monstruo, "medio hombre y medio caballo", al qual llamaban los Poetas Hypocentauro. [...] Entonces el monstruo se detuvo, y mal pronunciando unas bárbaras palabras, que mas parecia renegar que hablar, extendió la mano derecha, señalando el camino que deseaba saber; y habiendo hecho esta accion, dio a huír tan velozmente por aquellos campos, que en un momento se desapareció de sus ojos, de lo qual quedó muy maravillado; [...] Pues admirado Antonio de lo que habia visto y oído, iba entre confusas imaginaciones apresurando el paso por un espacioso valle, quando vió "junto a un arroyuelo un hombrecillo de extraña figura, pequeño de cuerpo, tenia las narices corbas, frente aspera y arrugada" con unos cornezuelos, "y la ultima parte de su contrahecho cuerpo remataba con pies de cabra". [...]

Y porque ninguno ponga duda en la verdad de este caso, dice San Gerónimo: Todo el mundo es testigo, que en tiempo de Constantino Magno, se traxo a la Ciudad de Alexandria un hombre vivo de esta suerte, de lo qual quedó el Pueblo admirado. Y despues de muerto salaron el cuerpo porque no se corrompiese con el calor del Estío, y le llevaron á Antioquía para que el Emperador le viese.

Y Alberto Magno dice: que por sus tiempos, en los Montes de Saxonia cogieron á dos Sátyros de la forma que dexamos referidos. [...]

Y Vincencio dice, que en su tiempo traxeron al Reyno de Francia un monstruo para que le viese el Rey, el qual tenia la cabeza de perro [...]; los muslos, brazos, y manos, tan sin pelo como los nuestros: [...] comia carne cocida, bebia de muy buena gana vino; [...]

En ciertas tierras de Tartaria, dice Henrico Zormano [así escribe también su apellido Darío, no 'Kornmano', como se lee en Nieremberg] se hallaron unos hombres con un brazo en el pecho, y un pie solo.

Y entre las noticias atribuidas a Alberto Magno y Vicencio, incluye Ceballos otras dos que dice haber tomado de Flegón Traliano, confesando de paso cuál es el origen (evidente, por otra parte) de toda la información que aporta en esas páginas:

Y Flegón Traliano, Autor Griego, escribe, y lo trae en las Maravillas de naturaleza el Padre Juan Eusebio Nieremberg, que en la Ciudad de Arabia se halló un Hypocentáuro en un monte muy alto, y lo enviaron a Egypto con otros presentes para el Emperador. Sustentábase con carne; [...] La cara tenía humana, pero muy feroz; las manos y los dedos cubiertos de pelos, y los pies de caballo. [...] También dicho Autor [esto es, el mismo Flegón Traliano] dice, que entre los Indios, Persas, y tierras del Tamorlán, se hallan Hypocentáuros, del medio cuerpo arriba humanos, y en lugar de brazos tienen dos brazuelos como los del sapo; las orejas de perro; en el

rostro tres barbas; de los hijares les salen los brazos humanos, con sus manos y dedos, lo demás de caballo: [...] sustentáanse de Elefantes.

He ahí, por tanto, el origen de los datos que aporta el sabio en “La ninfa” cuando señala que “Filegón Traliano [...] afirma la existencia de dos clases de hipocentauros: una de ellas come elefantes”⁴. Como se explicaba más arriba, tal afirmación no es correcta, pues Ceballos se equivocó al tomar la información de Nieremberg, quien asigna a Traliano solamente la información que alega sobre la primera clase de hipocentauros, no la de la segunda (los comedores de elefantes), que el jesuita atribuye a otro autor, Licóstenes. Darío arrastra en su relato, por tanto, ese error de Ceballos en el sentido de que Traliano afirmó la existencia de dos clases de hipocentauros, cuando (según lo recogido por Nieremberg) en realidad solo habló de una.

Repárese, no obstante, en que Ceballos emplea el nombre “Flegón”, mientras que el nicaragüense escribe “Filegón”. Al respecto, hay que señalar que el fragmento procedente del tratado de aquel sobre la vida de san Antonio que se ha reproducido poco más arriba procede de la primera edición, la de 1686; pero si consultamos las varias posteriores que tuvo esa obra, como las aparecidas en 1719 (Madrid, Juan Sanz, p. 278), en 1736 (Madrid, Imprenta de la Merced, p. 245), en 1759 (Barcelona, Imprenta de Maria Angela Martí Viuda, p. 234), en 1779 (Madrid, Oficina de D. Manuel Martín, p. 246) o en 1796 (Madrid, Por don Plácido Barco López, pp. 246-247), todas ellas bajo el nuevo título de *Flores del yermo, pasmo de Egipto, asombro del mundo, sol del Occidente, portento de la Gracia. Vida y milagros del grande S. Antonio Abad*, comprobaremos que igualmente en todas ellas lo que se lee es “Filegón Traliano”, tal como lo escribió Darío, quien debió de consultar, por tanto, alguna de esas ediciones posteriores, no la *princeps* (véase luego).

Por tanto, lo que se deduce de todo lo anterior es que Arturo Marasso no iba desencaminado cuando escribió que el origen de los datos eruditos puestos por Darío en boca de monsieur de Cocureau en su cuento “La ninfa” podría estar en la *Curiosa filosofía y tesoro de las maravillas de la naturaleza* de Juan Eusebio Nieremberg: sí, ese es efectivamente el ‘origen’⁵, pero no es la ‘fuente’ directa de la que los recabó Rubén Darío: este los había hallado en “un autor”, como él mismo dice, que no es otro que Blas Antonio de Ceballos, quien los había tomado de la obra del jesuita para incluirlos, cometiendo un único pero significativo error (el de las dos clases de hipocentauros de Traliano), en una obra suya que en el ejemplar en que la leyó Darío llevaría muy probablemente el paradójico y bello título de *Flores del yermo* etc.⁶

2. LA (POSIBLE) GÉNESIS DE “LA NINFA”

Aun teniendo en cuenta que la obra de Ceballos no fue –como se ha comprobado y parafraseando su título– “flor de un día” brotada en el yermo, pues gozó de un sostenido éxito editorial durante más de un siglo, y, así mismo, que Rubén Darío fue desde muy pronto un

⁴ Martínez en su edición del cuento “La ninfa” (en Darío, 1995: 171) se decanta ahí por la lectura “una de ellas como elefantes”, indicando en nota que la primera edición de *Azul...* da “una de ellas come elefantes”. Según se comprueba, la opción por tal lectura es del todo desacertada.

⁵ La segunda fuente propuesta por Marasso y defendida por Llopesa, *El asno ilustrado* de Pérez de Necochea, debe descartarse definitivamente como fuente de “La ninfa”. Efectivamente, se cuentan en esa obra, como en otras muchas, los encuentros de san Antonio con el centauro y el sátiro, ausentes en Nieremberg, pero no los datos de Alberto Magno, Kornmano o Vincencio de Beauvais que sí recoge el jesuita (todo ello explica la afirmación de Llopesa: “Nierember [sic] por encima de Pérez Necochea es la fuente, aunque éste lo es de las apariciones a San Antonio, que no están en Nierember [sic]»). Donde en verdad encontramos reunidos todos los datos es en la hagiografía de Blas Antonio de Ceballos, citada *ad pedem litterae* por Darío, como hemos visto y explicado.

⁶ Según indica Martínez (en Darío, 1995: 171, n. 9), Rubén Darío volvió a incluir, aunque de manera más sucinta, los mismos datos de Alberto Magno, Enrico Zormano y Vincencio acerca de seres fabulosos en una de las crónicas que publicó en el diario *El Heraldo* de Valparaíso, concretamente en la datada a 11 de febrero de 1888.

lector verdaderamente “omnívoro”, cabe preguntarse qué hacía en las manos de un joven poeta de veinte años como él una tan edificante hagiografía del siglo XVII en una época en que lo sabemos absolutamente fascinado, si no obsesionado, por la más “moderna” de las literaturas que por entonces se escribían, la francesa: ¿cómo y por qué vía llegó a la lectura de ese texto? ¿era acaso aficionado por entonces a las *vitae sanctorum*? Tal vez no parezca muy osado plantear la hipótesis de que fueran precisamente sus afrancesadas lecturas las que lo condujeran no a la de obras hagiográficas en general, sino a la de una en concreto, la de Ceballos, dedicada a narrar la historia del más famoso de los primeros eremitas del antiguo oriente cristiano. Y esa hipótesis apunta también a otra obra en concreto, de publicación bastante reciente por entonces, cuya lectura bien pudo haber despertado el enorme interés que a partir de entonces mostraría Darío por ese personaje y esos desolados y exóticos ambientes que tenían mucho de mágico y fascinante; lo planteó hace ya bastante años Maiorana (1958: 248): “¿La *Tentation de Saint Antoine* de Flaubert, tendría algo que ver en esto?”, refiriéndose con “en esto” no solo al hecho de que Darío escribiera el cuento “La ninfa” y decidiera incluirlo en *Azul...*, sino también a que el poeta continuara mostrando años más tarde, como luego veremos, un vivo interés por el asunto de la relación entre los Padres del desierto y los seres fabulosos con los que alguno de ellos habría entrado en contacto: centauros y sátiros. Resulta extraño que esta estudiosa no recogiera en su trabajo la existencia de una declaración explícita en ese sentido por parte del poeta nicaragüense, que puede leerse en la conocida como *Historia de mis libros* (1916); refiriéndose precisamente a *Azul...*, a sus juveniles años de estancia en Chile y a las lecturas a las que dicha estancia le permitió acceder, confiesa (Darío, 1919: 170):

El origen de la novedad fue mi reciente conocimiento de autores franceses del Parnaso, pues a la sazón la lucha simbolista apenas comenzaba en Francia y no era conocida en el extranjero, y menos en nuestra América. Fue Catulle Mendès mi verdadero iniciador, un Mendès traducido, pues mi francés todavía era precario. Algunos de sus cuentos lírico-eróticos, una que otra poesía, de las comprendidas en el *Parnasse contemporain*, fueron para mí una revelación. Luego vendrían otros anteriores y mayores: Gautier, el Flaubert de *La tentation de St. Antoine*, Paul de Saint Victor, que me aportarían una inédita y deslumbrante concepción del estilo.

Resulta muy significativo que en este párrafo se reúnan los nombres de Mendès, confesado modelo de “La ninfa” como lírico-erótico “cuento parisiense”, según ya vimos, y la obra que Gustave Flaubert había publicado en 1874 dedicada a contar, de un modo tan *sui generis* como novedoso e impactante, la historia del gran eremita san Antonio, protagonista, a su vez, de la anécdota que generará la secuencia de datos eruditos desplegados por el sabio de Cocureau, en el citado cuento dariano, acerca de la existencia de seres semihumanos como los centauros y los sátiros.

Por otra parte, y sin abandonar *Azul...*, es reseñable el hecho de que en otro de sus textos en prosa, “La canción del oro” (publicado previamente por primera vez en *La Revista de Artes y Letras* de Santiago de Chile el 15 de febrero de 1888), reaparezcan los Padres del desierto (Darío, 2008: 160):

Cantemos el oro, esclavo, despreciado por Jerónimo, arrojado por Antonio, vilipendiado por Macario, humillado por Hilarión, maldecido por Pablo el Ermitaño, quien tenía por alcázar una cueva bronca y por amigos las estrellas de la noche, los pájaros del alba y las fieras hirsutas y salvajes del yermo.

Y nada impide conectar ese párrafo con la reciente lectura de la obra de Blas Antonio de Ceballos por parte de Rubén Darío, puesto que en ella se mencionan todos esos nombres de santos eremitas, habiendo sido san Pablo, como vimos, predecesor de san Antonio en la vida de retiro

ascético y espiritual en los desiertos egipcios, y discípulos de este san Macario y san Hilarión, cuyas vidas se cuentan en los capítulos XXXII y XXXIII del libro primero de las *Flores del yermo*.

Todo parece indicar, pues, que fue durante el tiempo en que vivió en Chile, adonde llegó a mediados del año 1886, cuando Rubén Darío tuvo oportunidad de leer el opúsculo de Flaubert; repárese en que, bastantes años después, en el momento de redactar el pasaje reproducido de *Historia de mis libros*, es el único título que cita (dejando aparte el del muy colectivo *Parnasse*), lo que apunta claramente a un impacto de enormes e imperecederos efectos en su memoria intelectual y artística recibido cuando aún no había cumplido la veintena. ¿Pudo, por tanto y en efecto, ser la lectura de *La tentation de Saint Antoine* –donde, por cierto y curiosamente, no se narra la historia del encuentro del santo con el centauro y el sátiro– lo que estimulara a Rubén Darío a buscar más información acerca del célebre eremita y (quizá sobre todo) de aquel extraño y muy sugerente mundo pretérito y oriental? Téngase en cuenta que en dicho mundo –o, cuando menos, en los relatos de época que sobre él se conservan, como la *Vita Sancti Pauli* de san Jerónimo, que está en la base de todo esto– se aunaba el más crudo y austero ascetismo con las tentaciones más delirantes, coloridas y de un atractivo máximo para la mentalidad de ese mundo “moderno”, tan bizarro y huysmaniano, en que el joven poeta centroamericano estaba zambulléndose por entonces con desbordante entusiasmo. No parece muy descabellado conjeturar que buscara la información acerca de tales asuntos en la misma Santiago ojeando el catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, en el que actualmente constan, según la información que puede obtenerse *on line*, dos ejemplares de las *Flores del yermo* de Blas Antonio de Ceballos, en concreto de las ediciones madrileñas de 1779 y 1796 reseñadas aquí más arriba⁷. Es de suponer que dichos ejemplares pertenecerían a esa institución (que se sabe frecuentaba Darío con asiduidad) ya en 1887, año en que se publica por primera vez “La ninfa”, y es posible, como apuntamos, que alguno de ellos, o ambos, llegara a estar en manos del nicaragüense: en esa obra se habría topado con una extraña y sugerente historia protagonizada por el santo eremita Antonio junto con un centauro y un sátiro, la cual, como se recordaba más arriba, no recogió Flaubert en *La tentation*.

Y, como también más arriba apuntábamos, pocos panoramas y escenas podían ser más sugerentes para un exaltado y esteticista espíritu *fin de siècle* como el de Darío que ese encuentro, en medio del yermo, entre la ortodoxia católica más estricta y rigorista y aquellos prodigios semihumanos que en el mundo clásico habían sido los más potentes símbolos de la lascivia y el desenfreno en todos los órdenes. El sabio de Cocureau en “La ninfa”, seguramente pretendiendo solo lucir su rancia erudición (procedente, al fin y al cabo y como sabemos, de una hagiografía de finales del Barroco español), lo que lograba en realidad era excitar aún más la morbosa imaginación y sobre-estimulada sensualidad de sus muy mundanos contertulios sacando a colación semejantes historias sobre híbridos seres de existencia (cuasi)imposible. Aunque más arriba había prometido no tratar sobre la segunda parte del relato dariano, no me resisto a apuntar que su protagonista se verá enfrentado al final a una escena de “tentación” similar a las vividas por los austeros Padres de la Tebaida oriental, pero desde una vivencia radicalmente distinta: si aquellos vencían y prevalecían gracias a su fe en Dios y a lograr no perder la con(s)ciencia de que las tentaciones no eran más que falsas imágenes (a sus ojos y según sus creencias, enviadas por Satanás), el protagonista de “La ninfa”, que parte precisamente de esa idea, pero que anhela con toda vehemencia y ardor caer en esa para él imposible tentación, verá cómo una de esas muy atractivas imágenes cobra plena vida ante él

⁷ De hecho, Martínez (en Darío, 1995: 170, n. 6), dando por seguro que el “autor” al que se refiere Darío en “La ninfa” es Nieremberg, aventura igualmente que “pudo leerlo en la Biblioteca Nacional de Chile, en Santiago, que conservaba dos ediciones, un poco más tardías [de las obras del jesuita]”. En cualquier caso, tampoco puede excluirse la posibilidad de que el libro de Ceballos formara parte de las nutridas bibliotecas que se sabe poseían varios de sus nuevos amigos chilenos, como Pedro Balmaceda, Eduardo de la Barra o Samuel Ossa Borne, quienes las pusieron a plena disposición de Rubén (véase Martínez, *ibid.*, 20-21).

y le demuestra que no es una ni mitológica ni diabólica quimera... En mi opinión, el indudable encanto del relato “La ninfa” de Rubén se cifra precisamente en eso, en haber sabido imbricar literariamente con exquisita habilidad y pertinencia dos mundos tan lejanos en lo temporal y geográfico como en lo estético y moral: el árido y austerísimo yermo del siglo III y la vital y festívisima París de finales del XIX, ambos unidos por el gozne de la posible existencia de unos seres quiméricos que representan las pulsiones más carnales del ser humano. El protagonista del relato es, a un tiempo, padre del yermo, centauro y sátiro, los tres enfrentados a una de las más peligrosas encarnaciones (nunca mejor dicho) de la *femme fatale*: la (solo aparentemente) candorosa e ingenua ninfa (o *nymphet*), como bien descubriría años después un tal Humbert Humbert...

Prueba del impacto que experimentó Darío al entrar en contacto con esa extraña y muy atractiva faceta del mundo antiguo, probablemente vía *La tentation* de Flaubert, es el hecho de que su curiosidad no se saciara con la consulta de la hagiografía de Blas Antonio de Ceballos: antes bien, todo parece indicar que fueron sus pesquisas en ese ámbito, iniciadas, al parecer, en Santiago de Chile en 1887, las que lo pusieron en contacto con más literatura referente al asunto, sobre el que continuaría escribiendo. Así, diez años después, abrirá su relato hagiográfico “La leyenda de San Martín, patrono de Buenos Aires” con unas líneas en las que parece resumir, precisamente, el fruto de sus lecturas hasta entonces al respecto:

Por la montaña hagiográfica de los Bolandistas, por el vergel primitivo y paradisiaco del Cavalca, por los jardines áureos de Jacobo de Vorágine, aun por el huerto de Croiset, encuentran las almas que las buscan, flores muy peregrinas y exquisitas. ¡Así las encontrará el vasto espíritu de Hello!⁸

De los autores nombrados en este “minicanon” de hagiógrafos fue, al parecer, el dominico italiano fray Domenico Cavalca, fallecido en 1342 y autor de *Le vite dei Santi Padri*, el que más atrajo la atención y suscitó la estima de Rubén Darío, pues, además de mencionarlo al comienzo del poema “El reino interior”, de *Prosas profanas* (1896), le dedicó un capítulo de *Los raros* (1896) que es, en la mayor parte de sus páginas, un ejemplo muy clarificador de la fascinación exaltada que provocó en Darío el mundo de heroico ascetismo y (casi) irresistibles tentaciones que narró la literatura piadosa acerca de los Padres del yermo, ahora además relatado por una candorosa, casi naïf, pluma del Medievo (otro mundo y época que, como bien se sabe, ejercían gran fascinación sobre esa intelectualidad moderna finisecular). En ese capítulo recuerda Darío que la obra de Cavalca recoge el relato del viaje de san Antonio en busca de san Pablo, así como que dicho relato es “página curiosísima”, precisamente por verse allí “afirmada la existencia de hipocentauros y faunos [*sic*]”; resulta curioso que no aprovechara para recordar ahí que tal historia la había incluido ya él mismo en un cuento publicado casi diez años antes: “La ninfa”. Sea como fuere, los estudiosos⁹ coinciden en general en apuntar a las *Vidas* del dominico como fuente de otro excelente relato de Rubén Darío basado

⁸ El texto se publicó en el diario bonaerense *La nación* el 11 de noviembre de 1897, según informa Martínez, (en Darío, 1997: 250, n. 1); en la nota 2 este mismo editor explica: “Los Bolandistas, Jean de Bolland (1596-1665) y sus sucesores, redactaron los *Acta Sanctorum Bollandiana* hacia 1643, siguiendo el proyecto de Heribert Rosweyde (1596-1629). [...] Jacopo de Varaggio o Jacobo de Vorágine, dominico italiano (1230-1298) autor de la famosa *Legenda aurea*, que es el título con que se conoce su *Vie des saints*. [...] Jean Croiset, jesuita francés (1656-1738), que escribió, entre otras, *L'année chrétienne* y *Vies des saints*”. La nota a Hello, el autor más moderno de los que nombra ahí Darío, la encontramos en p. 204, en el cuento “Caín”, donde también aparece: “Ernest Hello, autor francés de obras místicas y apologéticas (1828-1885). Darío lo menciona también en «La extraña muerte de fray Pedro» y en «La leyenda de San Martín», a propósito de su *Physonomie des saints* (1875)”.

⁹ Así Maiorana (1958: 257-259) o Martínez (en Darío, 1997: 217, n. 1), quien informa de que el relato del que se hablará aquí a continuación “se publicó por primera vez en *El Porvenir de Centro-América* de San Salvador, el día 23 de abril de 1896”.

en la historia que reúne a san Antonio y san Pablo, ermitaños, con el centauro y el sátiro; me refiero a “Las lágrimas del centauro” (también conocido como “Palimpsesto”), publicado igualmente en 1896 y en el que Rubén Darío concede la palabra a ambos “monstruos” para que den su versión sobre sus respectivos encuentros con san Antonio, y, al final del relato, también a este y a san Pablo para comentar entre ellos dicho encuentro, cerrando el relato “el primero de los eremitas” con un bellissimo final profético. Podríamos, conjeturando de nuevo, pensar que fue en torno a ese año de 1896, tan fructífero literariamente para él, cuando Darío habría entrado en contacto con la hagiografía colectiva de Cavalca y que ello reactivó su interés por el asunto induciéndolo a escribir este nuevo cuento con unos personajes que en “La ninfa”, un decenio antes, eran meramente instrumentales (para que el sabio de Cocureau luciera sus conocimientos), pero que ahora pasan a protagonistas únicos de la narración.

Y recordemos, para concluir, que fue también en ese mismo año cuando Darío publicó una de sus composiciones poéticas más profundas, ambiciosas y logradas, el célebre “Coloquio de los centauros”, incluido así mismo en *Prosas profanas*, si bien en ese caso la inspiración es, evidentemente, ovidiana y los protagonistas aquellos centauros de los tiempos míticos (los Quirón, Folo, Reto, Neso, etc.), quienes, a juzgar por el testimonio de las piadosas biografías de los Padres del yermo, seguían teniendo descendientes (quizá los últimos, con todo el decadente atractivo que posee cualquier *fin de raza*) en tiempos de dichos Padres. En tan eruditas como amenas páginas Hinterhäuser (1980) mostró la enorme fascinación que Darío y muchos de sus coetáneos¹⁰ sintieron hacia esos ambiguos seres, tan capaces de civilización y de barbarie a un tiempo, como lo son los sátiros –procaces y eternos perseguidores de ninfas– y como lo es en realidad todo ser humano, del que aquellos “monstruos” nunca dejarán de ser símbolo y cifra.

Bibliografía

- CAVALCA, Domenico (1926) *Le vite de' S.S. Padri*, Turín, Unione Tipografico-Editrice Torinese.
- CEBALLOS, Blas Antonio de (1686) *Flores sagradas de los yermos de Egipto: vida y milagros del gran padre San Antonio Abad y sus discipulos; origen de la ilustre religion Antoniana y fundacion del Orden militar de Caualleros de San Antonio en Etyopia escrita ahora nueuamente y añadida con sentencias y exemplos [...]*, Madrid, Por Antonio González de Reyes.
- DARÍO, Rubén (1918) *Los raros*, en *Volumen VI de las obras completas de Rubén Darío*, Madrid, Mundo Latino.
- (1919) *Historia de mis libros*, en *Volumen XII de las obras completas de Rubén Darío*, Madrid, Mundo Latino.

¹⁰ El interés de literatos y artistas por esos seres híbridos vinculados al paisaje montuoso de Tesalia iría acrecentándose, hasta alcanzar su máximo apogeo en Francia durante el siglo XIX. Allí el tratamiento de la materia centauresca se impregnó de un aire lírico y anticuario gracias a los escritos de autores tan diversos (e indudablemente conocidos, en su gran mayoría, por Rubén Darío) como Alphonse Rabbe (*Le Centaure*, 1835), Maurice de Guérin (*Le Centaure*, 1840), Leconte de Lisle (*Khirôn*, 1847 [1852]), Armand Silvestre (díptico de poemas titulado *Nessus y Déjanire*, 1870), José María de Heredia (políptico de sonetos dedicado a *Nessus, La Centauresse, Centaures et Lapithes, Fuite de Centaures*, 1888 [1893]) y Henri de Régnier (*Déjanire*, 1895). Junto a la consagración literaria de los descendientes de la Nube, se produjo por las mismas fechas la irrupción de los mismos en la pintura y la escultura moderna, con ejemplos tan bellos como el óleo de la *Batalla de los Lápidas y los Centauros* (1853) de William Adolphe Bouguereau; la delicada escena de caza con arco de *Los Centauros* (1868) de Eugène Fromentin; el oscuro y tempestuoso *Combate de los centauros* (1873) de Arnold Böcklin; *El rapto de Deyanira* (1872) y el *Centauro que lleva a un poeta muerto* (h. 1890) de Gustave Moreau, etc. Agradezco al profesor Jesús Ponce Cárdenas su inestimable ayuda para la elaboración de esta nota, así como su revisión general del presente trabajo.

- DARÍO, Rubén (1995) *Azul. Cantos de vida y esperanza*, ed. de José María Martínez, Madrid, Cátedra.
- (1997) *Cuentos*, ed. de José María Martínez, Madrid, Cátedra.
- (2008) *Azul... Prosas profanas. Cantos de vida y esperanza*, ed. de Antonio Alvar Ezquerro, Edgardo Buitrago, Pedro Carrero Eras, Ricardo Llopesa, Nydia Palacios, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá.
- GALENDE DÍAZ, Juan Carlos (2019) "Blas Antonio de Ceballos" en *Diccionario Biográfico Español*, s. v., Madrid, Real Academia de la Historia, edición en línea: <http://dbe.rah.es/biografias/60904/blas-antonio-de-ceballos-de-jaramillo> [1/6/2019].
- GÓMEZ SÁNCHEZ, Darío (2018) "Ecos de Azul... de Rubén Darío", *Miscelânea* 23, pp. 135-151.
- HINTERHÄUSER, Hans (1980) "Centauros" en ÍD., *Fin de siglo. Figuras y mitos*, trad. de María Teresa Martínez, Madrid, Taurus (edición original en alemán: Múnich 1977).
- LLOPESA, Ricardo (1992) "Las fuentes literarias de *La ninfa* de Rubén Darío", *Revista de Literatura* LIV.107, pp. 247-255.
- MAIORANA, María Teresa (1958) "El «Coloquio de los centauros» de Rubén Darío", *Boletín de la Academia Argentina de Letras* XXIII.88, abril-junio, pp. 185-263 (entre las páginas 247-263 se extiende el apartado final "Dos cuentos de Rubén Darío donde aparece el centauro", recogido también en *Rubén Darío y el mito del centauro*, Buenos Aires, L'Amitté Guérinniene, 1961, pp. 127-143).
- MARASSO, Arturo (1941) *Rubén Darío y su creación poética. Edición aumentada*, Buenos Aires, Biblioteca Nueva.
- MARTÍNEZ, José María (2000) "Catulle Mendès, Gutiérrez Nájera y Darío: notas sobre los orígenes del modernismo y la intertextualidad de 'La ninfa'" en ÍD., *Rubén Darío. Addenda*, Palencia, Ediciones Cálamo.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio (1630) *Curiosa filosofia, y tesoro de maravillas de la Naturaleza, examinadas en varias questionnes naturales [...] por el Padre Iuan Eusebio Nieremberg de la Compañia de Iesus, Letor de Historia natural en los Reales Estudios desta Corte [...]*, Madrid, En la Imprenta del Reyno.
- WATLAND, Charles D. (1966) *La formación literaria de Rubén Darío*, trad. esp. de Fidel Coloma González, Managua, Comisión Nacional para la Celebración del Centenario del Nacimiento de Rubén Darío.

